UNA INCREÍBLE AVENTURA PARA

MINECRAFTERS

DEFENSORES DEL OVERWORLD #1

LA BATALLA DE ZOMBIE HILL

NANCY OSA

ESPASA

UNA INCREÍBLE AVENTURA PARA MINECRAFTERS

LA BATALLA DE ZOMBIE HILL

LOS DEFENSORES DEL OVERWORLD
1

NANCY OSA

ESPASA

© Espasa Libros, S. L., sociedad unipersonal, 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

© de la edición original: Hollan Publishing, 2015
Título original: *The Battle of Zombie Hill*

Primera edición: septiembre de 2015
ISBN: 978-84-670-4561-1
Depósito legal: B. 18.074-2015
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – *Printed in Spain*

Este libro no está autorizado ni promocionado por Mojang AB, Notch Development AB o Scholastic Inc, ni por ninguna otra persona o entidad propietaria de los derechos del nombre, de la marca o del copyright Minecraft.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

Apenas unos segundos atrás, Rob estaba ojeando tranquilamente una de las revistas del avión, contento de volver a su casa, y ahora se encontraba en el aire, cayendo en picado. Algo espantoso había ocurrido durante el vuelo. Estaba totalmente desubicado. ¿Dónde estaban los demás pasajeros?

Aunque nunca antes había caído desde diez mil metros de altura, estaba claro que eso era precisamente lo que estaba ocurriendo.

«Creo que debería estar más asustado», pensó mientras se desplomaba sobre el moteado manto de nubes. La superficie que tenía debajo se dibujaba como un mapa: un océano azul bordeado por tierra blanca, una mancha de árboles verdes y, a lo lejos, algunos claros invadidos por formaciones rocosas. Su cara quedó empapada al atravesar una tormenta y al momento se secó mientras cruzaba la atmósfera, dirigiéndose a toda velocidad al inevitable paisaje que veía abajo. Iba a caer sobre el mar.

De pronto, un tenue temor fue calando en él. La gravedad lo atraía a una velocidad que jamás había expe-

rimentado hasta entonces. Sus gritos desesperados se deshacían en el aire, quizá porque no había nadie que los escuchara. La gran superficie azul estaba ya muy cerca. Rob sintió, más que escuchó, cómo se originaba el gran choque. Se hundió más, más y más. Su cerebro produjo un último e inútil pensamiento: «Este viaje no ha sido tan divertido como esperaba».

El terror abrumador, el impacto y la falta de oxígeno hicieron que Rob se desmayara, pero no debió de ser por mucho tiempo. Cuando por fin volvió en sí, estaba bajo el agua, sorprendido de seguir vivo. La impresión activó sus brazos y piernas, y empezó a moverlos de forma frenética para volver a la superficie. Algo le rozó las costillas y sintió cómo pasaba un cuerpo largo y gelatinoso. «¿Qué demonios ha sido eso?», se preguntó, y entonces respondió a la pregunta con un vago recuerdo de su clase de ciencias: ¡un calamar!

Lo siguiente que supo es que logró asomar la cabeza a la superficie del agua y empezó a toser y a coger aire. Sin embargo, no pudo pararse a respirar. En cuanto dejó de patalear, empezó a hundirse. Siguió nadando de forma instintiva mientras cogía bocanadas de aire hasta que su corazón dejó de latir como si fuera a estallar. Con los ojos llenos de agua, miró en todas direcciones sin ver más que grandes bloques de líquido. Pensó que tenía dos opciones: aterrorizarse o no hacerlo.

Recordó el peor momento al que se había enfrentado, cuando había montado un caballo salvaje a través de un nido de serpientes de cascabel, y decidió hacer lo mismo que hizo entonces.

—Solo tienes que mantenerte vivo —se dijo—. Concéntrate en eso.

Rob se dio la vuelta y observó la posición del sol en el cielo, decidido a nadar en dirección opuesta hasta que encontrara ayuda. Había perdido su sombrero de vaquero, pero aún llevaba sus zahones, la camisa y el chaleco, que se le pegaba al cuerpo. «Qué raro, el agua parece caliente. No, mejor dicho... no está fría.» Al menos no tendría que sumar la hipotermia a sus preocupaciones. Siguió avanzando a través de las tibias olas, alejándose del sol, que ya había pasado del punto más alto en el cielo.

Fue nadando sin perder el tiempo. De vez en cuando, se quedaba flotando unos diez segundos para descansar de espaldas, y luego volvía a su lento pero constante avance. «Pero ¿avance hacia dónde? ¿Habría algún sitio?»

Se preguntó si allí habría tiburones, rayas o cualquier otro animal peligroso en esa versión del mundo. ¿Habría acaso tierra firme, un bote o alguna otra forma de rescate?

Como bien le recordarían los sucesos recientes, solo descubriría lo que le esperaba encontrándose con ello.

Brazada a brazada, Rob cruzó los bloques de agua mientras le venían recuerdos de su casa en el rancho. El agua se iba enfriando gradualmente mientras el día daba paso al atardecer, y se preguntó si tendría que pasar la noche en el mar, helado, hambriento y agotado. ¿Podría sobrevivir a ello?

—No hay nada que no pueda hacer —murmuró. Decidió mantenerse optimista sin importar lo cruel que pareciera el porvenir.

Se tumbó flotando de espaldas para descansar otros diez segundos y asegurarse de que seguía nadando en la dirección correcta. Se sentía muy bien flotando. «Quizá no pase nada por estar así un par de segundos más», pensó, admirando la profunda paleta del cielo, que se había vuelto de color bronce con matices rosados y morados. El descanso extra hizo que le costara más girarse y seguir nadando, aunque se obligó a hacerlo de todos modos.

A lo lejos apareció una franja blanca que cortaba el mar. ¿Estaría alucinando? Aunando las fuerzas que le quedaban, Rob se detuvo con la siguiente brazada y lanzó un grito ahogado. ¡Era tierra!

Sentimientos de alivio, emoción y desesperación se apoderaron de él, impulsando sus extremidades de forma más rápida, incluso, en un intento de llegar al final del arcoíris. Pero las horas de nado empezaban a notarse. Apenas podía sentir los dedos. «Tengo mucha hambre», pensó. Por suerte, no sabía lo baja que estaba su barra de hambre. Se esforzó más todavía, aunque sus cortas brazadas apenas le movían en el oleaje. Al fin vio la costa. ¡La playa era de verdad! Pasaría la noche a salvo.

Ya en la orilla, Rob avanzó medio a pie, medio a rastras, hacia el interior. Se acabó el sufrimiento, iba a vivir.

Se tumbó en la arena cogiendo bocanadas de aire como un pez, pensando que jamás había visto un atardecer tan hermoso.

El aire frío secó las últimas gotas de agua de mar que quedaban en su peinado moreno, pero le dejó la ropa empapada. Rob se levantó lentamente de la playa y dio una vuelta. Las dunas entraban bastante hacia el interior, pero

a lo lejos pudo ver unos cuadrados que sobresalían hacia arriba: árboles, un bosque o jungla de algún tipo. «Allí habrá comida y agua.» Sin embargo, sabía que no le quedaban energías para cubrir más distancia aquel día. La luz del sol estaba cayendo y todo lo que quería ahora era dejar de moverse y sumirse en un profundo, profundo sueño.

Aun así, la idea de dormirse al aire libre le puso nervioso. Cualquier vaquero que se precie sabe cubrirse las espaldas de noche, sobre todo al lado de una buena hoguera calentita. Observó la playa vacía. No había un mísero leño que quemar ni tan siquiera algunas algas secas a la vista, y el terreno abierto no ofrecía ningún refugio natural. Estaba solo. Sonrió. La soledad tenía sus pros y sus contras: al menos no había nadie que le molestara.

En cualquier caso, consideró que sería buena idea no dormir en el suelo, si fuera posible. El único recurso que tenía cerca era la arena, un montón de ella. Decidió amontonarla para formar una plataforma. Eso le mantendría alejado del suelo y también protegido... de lo que hubiera que protegerse.

Pero mientras empezaba a manejar la arena, descubrió que no estaba suelta, como en el barranco cerca de casa. No podía apilarla como quería. Aunque, en realidad, parecía que ya estaba compacta en bloques. ¿Y si probaba a amontonarla para hacer una columna?

Sus días en el rancho haciendo trucos con el lazo le habían convertido en un buen saltador. Con sus últimas fuerzas, dio un brinco, cogió un bloque de arena y lo colocó bien arriba. Para quedarse tranquilo, colocó un segundo bloque de arena bajo sus pies justo cuando el sol se hundía en el horizonte.

—Ahora ya puedo quedarme frito —dijo, y así lo hizo.

Pero no pasó mucho tiempo hasta que un ruido extraño le despertó.

—Uuuuh... oooh...

Aquel gemido grave no se parecía a nada que Rob hubiera oído en el rancho: ni el sonido de una vaca alterada ni el gimoteo de *Jip*, su perro favorito.

—Uuuuh... oooh...

El fantasmagórico gruñido parecía llenar el aire. Rob notaba los párpados como si fueran de hormigón y los tenía pegados por la sal y la arena, pero los terminó abriendo como bien pudo. Según recuperaba la visión, atisbó una figura que se aproximaba en la oscuridad. El gruñido se volvía más alto mientras la criatura se acercaba a él, arrastrando los pies de una forma que le hizo un nudo en la garganta. Se sentó recto en su columna de arena. El intruso le observó y aceleró su paso.

«Todavía está lejos —calculó—. Quizá pueda hacer esta torre un poco más alta antes de que llegue aquí.» Su cuerpo le pesaba por el sueño y estaba débil por el hambre y la sed, pero logró saltar de nuevo y añadir otro bloque de arena bajo los pies. Aun así, la siniestra criatura se seguía acercando.

Con la luz de la luna reflejada en la superficie del mar, Rob alcanzó a discernir una figura verde que parecía humana, pero que no actuaba como tal... y que se movía, pero no parecía viva. Olió el aire y le llegó un hedor similar al del interior de su descuidada nevera en casa. Con menos neuronas de lo normal circulando por su cerebro, le llevó un tiempo reconocer los ojos hundidos, la carne putrefacta y los andares pesados de un muerto viviente. Al momento le vinieron a la cabeza todas las escenas de zombis que había visto en su vida.

—¡Un zombi! —La idea le hizo sentirse como en un experimento científico, y lo peor es que no tenía adónde huir.

Estaba muy claro que el agitado monstruo iba a por él: le arrancaría los brazos, le mataría o (peor aún) le convertiría en uno de los suyos. Rob no sabía si aquel engendro podía alcanzarle a tres bloques de altura... y lo cierto es que no quería descubrirlo. Solo, asustado y desarmado, parecía evidente que estaría a su merced si decidía atacarle. No es algo que un buen vaquero haría, pero decidió apretar los ojos y esperar a su final.

El sonido de los gemidos del zombi y su avance pesado habían ocultado los movimientos de otro visitante. Cuando por fin abrió un ojo, Rob descubrió con espanto que había un segundo enemigo bípedo al pie de su columna. Su moteada piel verdusca seguía intacta, pero los ojos y la boca eran enormes y oscuros. Jamás había visto nada así en las películas.

—¡Vamos, largo de aquí! —gritó, como si estuviera de vuelta en el rancho e intentara ahuyentar a un coyote.

Su reprimenda no tuvo efecto. Por un breve instante, deseó que los dos intrusos se atacaran entre ellos. Pero para su horror, el que se había acercado sin ser visto empezó a sacudirse y a sisear bien alto. El zombi ignoró al creeper, intentando en vano llegar hasta Rob, que seguía agazapado en su pequeña isla de arena justo por encima de la cabeza del monstruo. El creeper empezó a emitir destellos de luz en la oscuridad y Rob lo vio hincharse hasta duplicar su tamaño.

Tragó saliva. «Se acabó», pensó, preparado para morir.

Entonces, la criatura estalló con un sonoro pum.

Rob estaba lo bastante alto como para escapar de la

explosión, pero su alivio por no haber volado en pedazos duró exactamente un nanosegundo. De nuevo, se encontró cayendo sin poder hacer nada... ¡justo sobre el grotesco zombi!

El creeper había desaparecido junto con el lecho improvisado de Rob. La arena voló en todas direcciones mientras la columna se desmoronaba. El vaquero naufragado parecía caer a cámara lenta, de forma muy parecida a la caída desde el avión que le dejó en esta zona tan mortífera. Tuvo mucho tiempo para pensar en su nefasto final.

Después, se estrelló contra el suelo.

—¡Ugh!

Esperó. No oyó ningún gruñido.

Sus brazos y piernas seguían pegados al cuerpo.

No estaba muerto.

Y, haciendo un rápido repaso mental, estaba casi seguro de que no se había convertido en un zombi.

Aun así, había sufrido algunas heridas y apenas podía moverse. A la luz de la luna, vio el montón de arena, lo único que quedaba de su columna. De pronto, esta tembló levemente. Había algo debajo.

Rob se apartó cuando un gruñido ahogado acompañó a otra sacudida de la pila de arena. Luego, el suelo se quedó quieto; el gruñido terminó de pronto. La arena caída debía de haber ahogado al zombi.

Sacar el cuerpo era lo último que quería hacer, pero tenía que asegurarse de que el zombi no le daría más problemas. Al igual que su viejo perro, *Jip*, se agachó y empezó a escarbar para descubrir el pútrido cadáver. Para su gran alivio, parecía que había dejado de moverse. Ya iba a dejar la columna cuando notó algo duro y pequeño en

la arena. Tras escarbar un poco más, encontró un objeto largo y triangular: ¡una zanahoria! El zombi había dejado la verdura tras de sí al expirar.

La desgracia se había convertido en suerte, y rápidamente se metió la mitad de la zanahoria en la boca para empezar a masticarla, haciendo que sus barras de alimentos y de vida aumentaran un poco. Si pudiera hacer un fuego y encontrar algo de carne, habría hecho un buen estofado para recuperar fuerzas, pero la zanahoria ya era un comienzo. Se sentía mejor y más fuerte. Quizá pudiera sobrevivir a la noche después de todo.

Pero justo cuando ya empezaba a relajarse, oyó una nueva remesa de gruñidos.

—Uuuuh... oooh...

¿Más zombis? El monstruo debió de pedir ayuda a sus amigos antes de ahogarse por completo en la arena.

Esta vez, Rob sabía qué hacer. No había forma de saber qué otras criaturas hostiles acechaban en la oscuridad acercándose hacia allí, ni tampoco sus poderes. Con la fuerza que le quedaba, debía reconstruir la columna de forma que fuera mejor y más alta.

Trabajó toda la noche, cavando torpemente en la arena hasta que encontró arenisca natural. «¡Eureka!» Esos bloques supondrían una base mucho más estable que podía soportar daños, aunque seguramente no una explosión. Esperó que no le visitara otro creeper esa noche.

Cavó, colocó, saltó y amontonó hasta estar en lo alto de una columna de arena de doce bloques de altura. La arenisca de la base ofrecía una plataforma sólida. Rob se sintió confiado con la idea de que nada que acechara en la oscuridad podría escalar su nueva torre de arena.

Echó un ojo a los lados de su construcción.

Nada.

Pero solo para estar seguro, se quedaría despierto un poco más para vigilar.

Rob se agachó sobre el pilar, masticando la otra mitad de la zanahoria y deseando que la mañana llegara antes de que lo hiciera otra cosa. Lo que carecía de importancia aquella mañana se había vuelto vital. Debería haber comido en el avión. Deseó tener a mano el cuchillo que siempre llevaba con él en casa. Debería haber traído el saco de dormir, que le habría mantenido caliente. Pero, sobre todo, debería haber prestado más atención a donde estaba mientras caía del cielo. Sí, las cosas que antes daba por sentadas ahora podrían ayudarle a mantenerse vivo. Al menos, el tiempo suficiente para encontrar una forma de volver a casa.

De pronto le invadió un punzante sentimiento de soledad.

Empezó a tararear la tonadilla que siempre le cantaba a *Jip* antes de dejarlo en su caseta por las noches. Luego pensó en el potrillo que había empezado a entrenar y en el poni que había dejado sin ensillar. Se preguntó si algún día volvería a verlos a ellos o a su querido rancho. En casa, el aire olía dulce, y no salado como en aquella playa. En el rancho había cantidad de espacio para deambular, pero jamás se sintió vulnerable como allí, incluso a doce bloques sobre el suelo. Pero, sobre todo, la vida en el rancho era tranquila: se dormía con el sonido de los grillos, el aullido de un coyote solitario o el mugido de una vaca ociosa, y no con gruñidos, explosiones y en lo alto de columnas de arena.

Suspiró.

Y entonces, exhaló de forma mucho más decidida. De una forma que significaba determinación.

—Voy a volver a casa —prometió, animado por el sonido de su propia voz—. He sobrevivido al accidente de avión, he sobrevivido al naufragio en el océano y también a dos peligrosos ataques de monstruos. —Apretó los puños—. ¡Haré lo que sea necesario para volver al rancho!

Se acurrucó en lo alto de su lecho de arena y entonces se quedó dormido.

Aunque oyó gemidos por la noche, Rob estaba tan cansado que no se levantó. Sabía que había hecho todo lo posible para protegerse.

Ya de mañana, un fétido hedor llegó hasta su nariz, obligándole a despertarse. Pero no estaba preparado para lo que vio.

Había llegado la horda de zombis. Se aglutinaban bajo la columna, con sus ojos muertos buscando a Rob. Mientras los rayos del sol empezaban a despuntar en el horizonte, los zombis intentaban cubrirse a la sombra que proyectaba la torre, pero el sol todavía no estaba lo bastante arriba como para hacer ninguna. Rob observó cómo estallaban todos en llamas. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Se sacudían y crujían antes de quemarse y desaparecer.

«¡Genial!» Lo celebró varias veces, sintiéndose como en una película. Entonces le rugieron las tripas. «A lo mejor me han dejado más zanahorias para comer», pensó, y bajó de su pedestal de arena.

Pero cuando llegó a la playa, todo lo que encontró fueron algunos pescados podridos. «¡Puaj, qué asco!» No

le habría dado algo así ni siquiera a *Jip*. Dejó aquella porquería en la arena y partió para buscar la línea de árboles que había visto el día anterior. Al menos, recordaba un lugar que le podía ser de utilidad.

Atravesó las dunas mientras salía el sol, que emitía un suave calor sobre sus hombros. Aquello le hizo pensar en los días soleados que pasaba en las vallas del rancho, silbándole a uno de sus caballos mientras *Jip* trotaba junto a ellos. Quizá pasada la línea de árboles encontraría la región montañosa que había divisado desde el aire. Quiso recordar la dirección en la que se encontraba, pero no valía la pena llorar por la leche derramada. «Mmmm, leche...» Se recreó en la deliciosa imagen de un vaso caliente de leche fresca acabada de ordeñar.

Sumido en sus pensamientos, a punto estuvo de no ver una extraña señal.

Colocando el pie en un hueco de la arena, comprobó de nuevo sus sospechas. ¡El surco tenía la forma exacta de su pie! Era indudable que se trataba de una huella, de la huella de otro.

Su pecho se hinchó de esperanza y de temor. Una huella podía ser buena si eso significaba que podía encontrar a una persona que le ayudara. Pero podía ser horrible si esa persona fuera un enemigo que quisiera hacerle daño. En cualquier caso, sería estupendo si al menos pudiera seguir a esa persona en secreto hasta una zona con recursos o comida que pudiera usar. Al menos, siempre que ese lugar no perteneciera a una horda hostil, lo cual sería un auténtico desastre.

Rob buscó de inmediato otra huella o señal de que otros habían pasado por allí. No había ninguna.

—¿Quién demonios deja una sola huella? —se pre-

guntó en alto, con el miedo dominando el resto de sus emociones.

Se sintió más vulnerable que nunca en aquel tramo solitario de playa. Se agachó, mirando hacia ambos lados. Entonces, salió disparado y corrió todo lo rápido que pudo hacia los árboles que había a lo lejos.